

la mitad de la indemnización que Holanda tuvo que pagar á Austria para cortar diferencias que podían producir una nueva guerra, guerra que se creyó inminente produciendo nuevos gastos en aprestos militares, aumento de la caballería, etc., por todo lo cual resultaban 43 millones á pagar en su mayor parte en 1786.

Calonne confesaba, por último, que al encargarse de la Hacienda se encontró deudas «de origen indeterminado» 169.303.000 libras, que pudo reducir á cien un millones, sin que su difícil liquidación estuviera terminada. Aquí la falta de franqueza ni protegía lo que quería proteger, ni daba satisfacción á los que estaban dispuestos á absolver lo pasado á cambio de tomar por nuevo camino. En efecto esa liquidación difícil y no terminada, ¿no podría dar un resultado final contrario al que indica el ministro? Los cien un millones, ¿no podían elevarse de nuevo á los 169 ó á más? ¿Por qué no se explicaban las fuentes de esta enorme deuda? ¿Por qué no se decía claramente que para cerrarlas con toda seguridad se habían arrancado las espitas y cegado los conductos?

Formaban luégo el déficit grandes cantidades empleadas en obras de indisputable utilidad, como el puesto de Cherbourg, pero que en aquellos momentos grababan el Tesoro con todo su peso, y por último aumentaba el déficit la desnivelación de los presupuestos, pues cada año eran mayores los gastos y menores los ingresos. Esta desnivelación era, pues, lo que urgía remediar, pues cualesquiera que fuera el residuo de las deudas y gastos anteriores fueran los cien un millones de Calonne, y que un hombre como Bailly aceptó como exactos, ó fueran más, es innegable que para estos cien un millones no habían de faltar recursos, el déficit, pues, la necesidad de la convocación de los notables, venía del desgobierno de Luís XVI, de donde el carácter revolucionario de la medida aconsejada por Calonne. ¿A cuánto ascendía el déficit anual? Para 1787, debidamente comprobado, se reconoció que era de 41.171.606 libras.

Si Calonne no se hubiese visto obligado á confesar el déficit á la fuerza, si al entrar en el ministerio hubiese presentado la liquidación al rey que ahora le ofrecía, Calonne no se atrajera el rencor de la corte, de esa corte que él había lanzado á los más estúpidos devaneos, gracias á tener y dar dinero para todo y tendría la necesaria autoridad para oponerse. Si ahora, pues, se le decía y se le exigía que cargase con una parte de la autoridad, ¿cómo podía negarse á ello? Y, sin embargo, Calonne se negó é

hizo público lo que tanto necesitaba del secreto para el prestigio de la monarquía.

Calonne dice que «ha descornado el velo en el momento que ha creído que podía hacerlo sin daño de la cosa pública y á sus riesgos y peligros.» ¿Es esto exacto? ¿Podía ser otro el estado de la opinión pública que el que dejamos indicado? ¿Cuándo se liquidaba la guerra de América con 1.500 millones de gastos y sin otra gloria ó provecho que las semivictorias de Suffren y el poder fortificar á Dunkerque; cuando detrás de esta guerra vienen los escándalos de la corte fomentados por Calonne durante dos años, y tras estos escándalos el escándalo mayúsculo, el del collar ¿podía confesarse á la nación la bancarrota de la monarquía?

Razón tenían, pues, los que acusaban el acto de Calonne de impolítico y pedían para él las mayores responsabilidades, que no hay virtud en confesar una falta si antes no se ha demostrado voluntad firmísima de no querer cometerla. Calonne que como el que más, ó tanto como Necker, que creyó poder hacer una guerra terrible por medio de empréstitos sin aumentar los impuestos, había contribuido á la desnivelación de los presupuestos, al déficit real, Calonne no tenía derecho á presentarse ni como un censor ni como un moralizador, por esto su acto no le mereció en parte alguna simpatías, y esta diferencia ó este rencor perdió á Calonne.

Aquí, pues, se presenta la insoluble cuestión para nosotros, de saber si Calonne podía continuar ó no callando ó sin «hacer ruido» conforme á la frase de la época. Chérest indica como motivo capital de la conducta de Calonne, el terror pánico que le inspiró la posibilidad de otra guerra con motivo de la contienda entre Holanda y Austria, vista la imposibilidad de hacer frente á los gastos en el actual estado de la Hacienda. Motivo poderoso, es este, sin duda alguna, pero esto era motivo para hacerle dejar el poder, no para afrontar la solución de un conflicto, cuando carecía por completo de autoridad y de prestigio. Sólo Turgot se halló en situación de poder confesar el déficit y llamar á los notables.

Veamos si esto es exacto. Calonne confiesa que su plan se reducía á liquidar de una manera ú otra las deudas del pasado para presentarse delante de los notables con la cuestión escueta del déficit anual. Y en efecto, esto lo realiza por completo. ¿Pero cómo? Uniendo al empréstito de 80 millones, 6 millones que le produjeron la creación de varias plazas de corredores de cambios, 22 millones que le prestó la ciudad de París, y 53 millones de anticipos, que llevaron éstos nada menos hasta el año 1797. Con

estos y otros recursos análogos se liquidó la cuenta del pasado. Pero ¡cuán grabada no quedaba la cuenta del porvenir!

¿Cómo iba Calonne á hacer frente á ese porvenir que empeñaba para liquidar el pasado? Pidiendo al rey, lo que el rey no podía ni quería dar, lo que le hubiese negado el Parlamento, y lo que una vez negado el rey no hubiera tenido valor para imponer, esto es, la revisión general de los impuestos de modo que no pesaran sobre una clase determinada, sino sobre todas las clases sin excepción ni privilegio. Haciéndolo así creía Calonne que Francia tenía recursos para enjugar su déficit anual, y no se equivocaba. «Pero lo que me ofrecéis, es Necker puro?» es fama que le dijo Luís XVI, y en esta frase está escrita la condenación de Calonne. ¿Acaso Calonne no sustituyó á Necker, á ese burgués protestante y republicano, — en su patria, — que también quería que los impuestos pasaran por igual sobre todas las clases sociales?

¿Podía la monarquía francesa tomar ahora por el camino que seguían los duques de Saboya que redimían á los pueblos, personas y bienes de todas las prestaciones feudales?

Pero en la monarquía francesa, por lo contrario, dice Chérest, «mejor gustaba á la feudalidad religiosa y laica redoblar sus exigencias, acabar con el Tercer estado, y absorber sin fiscalización alguna la más clara de todas las contribuciones. Ni á Machault, ni á Turgot, ni á Necker autorizó para que forzaran á los privilegiados á suportar su parte proporcional de los tributos que percibía. Olvidóse de los consejos proféticos de Malesherbes. Pronto ó tarde, esos recursos imprudentemente limitados, habían de ser insuficientes para pagar las necesidades siempre crecientes. El déficit era la consecuencia fatal del sistema, con tanta ceguera hasta aquí seguido. Era, pues, castigada por donde había pecado. Ahora, no tenía ya libertad para seguir su camino. Una imperiosa necesidad la llevaba, á su pesar, al sistema que siempre habían recomendado la razón y la justicia. Era la bolsa de los privilegiados, por tanto tiempo perdonada, lo que se necesitaba poner á contribución. Era natural, pues, que se imaginara encontrar resistencias tanto más vivas cuanto por tanto tiempo se las había reputado inatacables. Pero también se podía esperar, que ilustrados por la verdadera situación de la Hacienda, no tendrían el triste valor de rehusar con altanería, y públicamente, su contribución á las cargas públicas. En fin, si obligaban á la corona á usar de su autoridad, esta era bastante fuerte, su causa era so-

brado justa, para que el resultado de la lucha pudiera parecer dudoso.»

Exacto todo esto. ¿Pero Luís XVI, el Sesostris de Voltaire, era hombre para imponerse á los privilegiados? ¿Había cambiado tanto como Calonne, y sentido la necesidad de apoyarse en la masa de la nación, y por consiguiente estaba resuelto á abandonar su gobierno personal, y á favorecer el punto y rápido establecimiento de las Asambleas provinciales que ahora tanto recomendaba Calonne, á abolir las aduanas interiores y á limitar sus gastos á una cantidad fija, infranqueable? El rey, no era el hombre de la situación, y no quería ni podía ir tan lejos.

¿Cómo se explica, pues, la tenacidad de Calonne, y su constante petición de que se convocara á los notables? ¿Quiénes le sostenían en su lucha con la corte, quiénes le aseguraban hacerle valer delante de la opinión? Su tertulia, compuesta de tres hombres que se llamaban Mirabeau, Tayllerand-Perigord y Claviere, es decir, el futuro tribuno, el futuro diplomático, y el futuro hacendista de la revolución.

Ya hemos explicado como entraron en relaciones Calonne y Mirabeau y los servicios que éste le prestó, y que hubo de recompensar enviándole con una misión diplomática á Prusia en 1786, y si hemos de creer á Mirabeau, fué él quien le sugirió la idea á Calonne de convocar los notables, idea que el representante general del clero francés en París el abate Tayllerand-Perigord, amigo de Voltaire, y no menos licencioso que todos los abates de su tiempo, sostuvo enérgicamente como puede verse en su carta de 4 de Abril de 1787 dirigida á su amigo Choiseul-Gouffier, embajador en Constantinopla, en la que le decía: «Nada de privilegios y administraciones provinciales, hé aquí la fuente de todas las prosperidades. Nada hay que no puedan ejecutarlo las administraciones provinciales y no hay cambio posible bueno sin ellas. Amigo mío, *por fin se contara al pueblo por alguna cosa.* «Claviere, era un compatriota de Necker y de Marat, era suizo. Jefe del partido democrático de su cantón (Ginebra), tuvo que emigrar al triunfar la reacción refugiándose en Londres, en donde trabó relaciones con Mirabeau y muchos otros hombres políticos. Cuando Necker fué ministro, le empleó, y al abandonar el poder, su compatriota pasó de secretario privado de Calonne, pues se le reputaba como una autoridad financiera. Claviere no claudicó al parecer como Necker, y fué tan republicano en Francia como en Ginebra. Pero su cualidad de extranjero y

su posición le obligaban por este tiempo á impresionables reservas. De modo que Calonne estaba entregado á tres hombres dominados por ideas nuevas y de espíritu atrevido y aventurero. La confianza que estos hombres le inspiraban era la que sentía en sí mismo Calonne.

¿Participaba el ministro de Luís XVI de todas las ideas de sus amigos? ¿Veía, lo que veían estos

detrás de la convocatoria de los notables? ¿Mirabeau no le había escrito «que el día más feliz de su vida fué aquel en que le participaba la convocatoria de los notables, *que sin duda, precedera de poco la de la Asamblea Nacional?*» ¿Creía Calonne que en cualquier tiempo podría detener la marcha de todos esos proyectos, de todas esas ideas de cambios trascendentales? Esto hubo de creer, y de aquí, que



MADAME STAEL

Mirabeau se aparte resueltamente de su protector al verle «obligado á combatir no más que para su seguridad personal, y no para organizar y constituir la nación, que no lo será jamás por su mano;» en fin, se alejaba de él, «porque sólo necesitaba de escritores de manifiestos y no verdaderos colaboradores; intrigantes y satélites y no ayudantes de campo ciudadanos.» Este lenguaje nos indica de una manera bien clara que Calonne ni por un momento se propuso llegar hacia donde de seguro le empujaban Mirabeau, Talleyrand y Clavière.

Madurado el plan, Calonne hubo de tratar de hacerlo pasar, y por consiguiente estudió la manera de ganar la confianza del rey. Hábil cortesano y conocedor profundo de la debilidad de carácter de

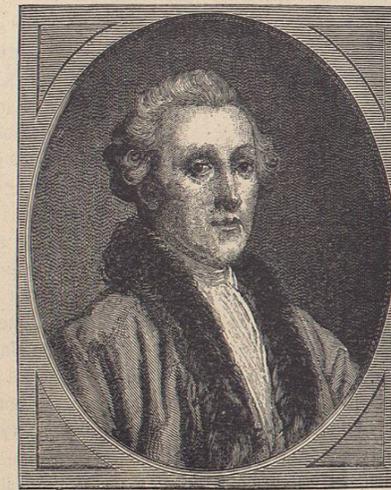
Luís XVI, como en secreto y caso de consulta, le expuso la situación del Tesoro y los remedios que debían emplearse para mejorarla. El rey quedó asombrado y sólo supo decirle que aquello era Necker puro; y sin embargo, el rey ni por un momento creyó que debiera llamarse al ginebrino, á quien sus aires de ministro constitucional, de ministro independiente tenían muy agraviado. Así decía siempre á los que le aconsejaba el llamamiento de Necker, que era imposible, que llamar á Necker *era cederle el trono*, y Besenval dice, «y tenía razón,» y tanta razón, que llamó á Necker cuando ya en rigor el trono estaba vacante.

Frente á frente de un ministro que revelaba al rey el estado infeliz de la Hacienda pública, Luís

sólo supo comprometerse á guardarle el secreto, ínterin le enviara una memoria detallada de todo lo que le convendría hacer. Vino esta Memoria, y el rey le dió su aprobación, conviniendo en consultar á Vergennes, quien á su vez pidió que se consultase al guarda-sellos á Miromesnil. De consultar á los demás ministros nunca se hizo discusión, en cuanto á consultar á la reina, los conspiradores se lo prohibieron formalmente.

Calonne, que de un modo ú otro había proveído

á las exigencias del ejercicio de 1786, comprendía que era imposible continuar adelante y que no se podía dejar de convocar á los notables por todo el 1786 que iba á tocar á su término. Pero Luís XVI que había dicho que sí, no se decidía, más aún, le repugnaba tanta precipitación, «aún hay tiempo,» decía, frase que había de repetir en adelante cien veces en medio de las más angustiosas circunstancias, cuando las horas se contaban por minutos, frase que siempre tienen en los labios, los que sólo



LINGUET

están prontos cuando las circunstancias no les dejan otra salida. Así Calonne pasó en la mayor angustia el verdaderamente funesto Noviembre de 1786, y á pesar de las repulsas y genialidades del rey, obtuvo de éste que se haría la convocatoria por todo el día 28 del próximo é inmediato Diciembre, prometiéndole además Luís que nunca le abandonaría, y en efecto, no le abandonó... como no abandonó á Turgot y á Necker, sino de un modo algo peor.

Acercábase el momento crítico, el momento en que se iba á hacer pública la situación, y fué el rey quien se encargó en consejo de ministros de participar á todos los que no estaban enterados. Entonces lo supo la reina por de Breteuil, y el descontento y la indignación de los que se creían agraviados por la reserva, fué tan grande como la sorpresa que causó al país la divulgación de un estado de cosas que creía imposible, por lo mismo que Necker en plena guerra de América, aseguraba que exce-

dían los ingresos á los gastos en diez millones, y Calonne mismo el año anterior, á propósito del empréstito de ochenta millones, había asegurado que el dinero entraba á ríos en el Tesoro.

El país se repuso más pronto que la corte, que no hubiera dejado pasar la convocatoria para últimos de Enero de 1787, pues comprendió enseguida el provecho que iba á sacar de los apuros de la corona, por esto el vizconde de Ségur, el más ingenioso de los cortesanos, iba diciendo por todas partes: «el rey ha presentado su dimisión.» Iba en efecto el rey á oír por primera vez la voz del país, y todos comprendían que no faltarían defensores elocuentes de los derechos del pueblo y de la nación.

Báilly el sabio y mártir Bailly, dijo que la primera noticia que tuvo de la convocación de los notables, fué el día 27 de Diciembre en ocasión de haber ido á comer á casa del mariscal de Beauvan. «Desde luégo prevé un grande cambio en el estado de